

movimiento, no había más que resistir ó ceder. Los litigios de las provincias unidas con los poderes públicos habían tomado todos los caracteres de una revolución formidable, la más radical, y la más democrática y la más republicana sucedida en Europa después del grandioso movimiento suizo contra el despótico régimen austriaco. Aquella suprema fase social tenía todos los caracteres y pasaba por todos los períodos y todos los términos de las profundas revoluciones históricas. Inicióse primero allá en las cumbres inaccesibles de las ideas puras; descendió luego á extenderse por las conciencias más oscuras, engrosándose como el manantial de la montaña se trueca en río al esparcirse por los valles; sostúvose dentro del derecho y de la legalidad, mientras las leyes no se convirtieron á una en cadenas pesadas é insoportables, y luego estalló en las violencias de todos los grandes sacudimientos políticos hasta llegar, como por una ley fatal, á los más desordenados excesos y á las más inverosímiles é increíbles exageraciones. Cuando Felipe supo cómo los motines de Flandes tomaban aspecto de guerra, congregándose hasta setenta mil personas en los campos de las oraciones calvinistas y moviéndose huracanes tan formidables como los desórdenes iconoclastas; arrancóse los pelos de las barbas á impulsos de ciega rabia, y juró morir antes de tolerar una transacción cualquiera con las rebeliones y con los errores. Pero la transacción ya estaba concluída en su nombre. Margarita, mal de su grado, tuvo que concederla en las angustias de los graves desórdenes para no perder por completo el reino y la corona de su hermano. Su ánimo educado en las ideas jesuíticas no llegó á este horroroso extremo de tolerancia, sin pedir antes perdón á Dios y ofrecer en su presencia revocarlo y punirlo cuando se viese con facultades y poder para ello. Así decía como antes de firmar tales cosas, hubiera querido comerse todo entero y á bocados, el propio corazón. Para esquivarlas y reducirlas de alguna manera, decidióse á fugarse de Bruselas y acogerse á Mons ú otra ciudad fuerte, donde pudiera proceder más á su conciencia y á su arbitrio. Pero enterados los señores flamencos de tal propósito, impidieronlo con todo empeño y á toda costa. Llegados al palacio, vieron reunidos los criados, en armas la guardia, las mulas y carrozas aparejadas, la servidumbre toda dispuesta, la duquesa vestida de viaje, con ánimo de huir así, tanto al furor de los desórdenes como á la humillación de las transacciones. Pero el horror de los señores á una revolución extrema de tal género, que debía debilitar la resistencia del gobierno á los iconoclastas y atraer las cóleras de Felipe sobre sus cabezas, disuadieron á Margarita, más por fuerza que por verdadera persuasión, de su loco y temerario empeño. Los revolucionarios exagerados, ya cercanos á las puertas de Bruselas, tuvieron que ausentarse; y los edificios sacros de la capital, se preservaron así de los desórdenes que habían arrasado tantos otros en Flandes y en Holanda.

El infeliz señor de Horn, destinado á tan terrible suerte por su mal en las incidencias trágicas de aquella revolución radicalísima, se presentó como fiador á Margarita para ga-

rantirle y asegurarle con todo empeño que ni el más leve soplo de la revolución, desencadenada en tormentosos huracanes, tocaría los cabellos de su imperial cabeza. Y purgó con tristísimos dolores aquella increíble fianza, pues en cuanto el menor peligro amenazaba de algún modo á la Duquesa, y el menor sacudimiento se percibía en el suelo de Bruselas, dábale con su fianza en rostro la Regente, y le demandaba y exigía seguridades hasta para la propia salud, imposible de recabar á la misma Providencia. La infeliz Princesa no descansaba un minuto, entre los terrores que, de un lado, le infundía la revolución de su pueblo, y los terrores que, de otro lado, le infundía la cólera de su Rey. Si resistía, pudieran llegar las cosas en Flandes hasta el extremo de perderse para su casa y para los suyos aquella espléndida corona; y si, al revés, cedía, estaba muy en peligro de caer en la gravedad herética y sacrificar la eterna salud del alma en aras de las frágiles ambiciones del mundo. Y, sin embargo, no había más remedio que resistir ó ceder, tocando en uno cualquiera de los dos peligrosísimos extremos, que servían como de polo á situación tan grave y procelosa. Cedió; y, á virtud de tal cesión tuvo que suspender el Santo Tribunal de la Fe y que consentir una relativa libertad religiosa. En cuanto Felipe supo lo acaecido en Flandes, desplegó esa doblez, característica de su complexión, y arbitrió esas largas naturales á su incertidumbre. Reunió el Consejo más principal de su Corona, en cuyos sitios se asentaban solamente dos flamencos, y expuso los problemas á resolver, como si quisiese oscurecerlos y embrollarlos, más que revestirlos de la claridad indispensable á tan supremos instantes. Convencido en su interior de que una suprema necesidad había producido las concesiones increíbles de la Duquesa, firmólas, apartando su voluntad y conciencia de la mano que las firmaba, como si ésta fuese tan sólo una humilde máquina. Y no contento con esta interior abstención, trajo á su lado al notario mayor de los reinos, y firmó una revocación en secreto de las mismas concesiones hechas en público, pues prefería perder sus Estados en las cuatro partes del mundo y su nombre ante los juicios históricos, á renegar del nombre y deservir la gloria del Eterno. Para él aquella palabra de libertad de conciencia resultaba una de las más infernales rebeliones que se podían ver sobre la tierra, pues la conciencia debía estar en la Iglesia como la piedra en su base. Así, expidió un correo á Roma para decir al Pontífice que cuantas concesiones respecto á la Inquisición hiciese como soberano, las tomase él como Papa bajo el aspecto de maniobras y estrategias varias, conducentes tan sólo á ganar fuerzas y tiempo en pro de una resolución suprema en armonía con sus antecedentes y con sus creencias. Era verdad que se veía obligado á suspender la Inquisición pontificia; pero también verdad que los Obispos guardaban aún tribunales de la Fe, al modo romano compuestos, para perseguir como les pluguiese á los herejes, y extirpar de raíz las herejías. En cuanto á la libertad de conciencia, creíala tan fugaz y transitoria como la retirada que se finge al embestir una plaza fuerte ó librar á fondo un sangriento combate. Así es, que, dadas todas aquellas concesiones con verdadero dolor, y

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. D. I.

convenidos todos aquellos pactos con verdadera repugnancia, caía de hinojos ante los altares donde se hallaba el Santo Crucifijo, y plegando las manos con religioso fervor, pedía por la Pasión sacrosanta, que lo abatiera en el sepulcro á un soplo de sus labios, antes de permitir reinar sobre aquellos que ni le reconocían ni le acataban. Nunca se vió tan manifiesta la terrible lucha entre una idea y una fuerza. Jamás se vió tan patente la impotencia del poder supremo para llegar á los senos recónditos del alma y apoderarse del interior de la conciencia. Unas muchedumbres sin más fuerza que su fe, sin más motor que su idea, desafiaban al mayor imperante de la tierra, cuyos dominios por las cuatro partes del globo se dilataban, y cuyo nombre y poder deslumbraban á todos, como los rayos del sol en la majestad de su cenit.

La Revolución de los Países Bajos pasaba por todas las alternativas de tales crisis turbulentas, idénticas en su fondo á las revoluciones pasadas, como las enfermedades varias á que se hallan sujetos los diversos organismos. Las exageraciones y las violencias de los iconoclastas más bien habían servido al gobierno que á la Revolución. Tal escándalo y desorden despegaban los ánimos sesudos del movimiento universal. Merced á este despegó pudo la regente revocar alguna de las concesiones ya hechas y sostener sus violentos medios de gobierno. En tal angustiosa y suprema situación, miles de perplejidades y una incertidumbre natural debían reinar sobre los espíritus más claros y sobre los ánimos más fuertes. Ninguna inteligencia de tan grande altura y ningún ánimo de tan heroico valor como la inteligencia y el ánimo de Orange allá en Holanda por este proceloso tiempo. Pero, á su vez, ninguna situación política tan difícil como su situación especialísima. Noble por su sangre, cuasi monarca por su nacimiento; con Estados y dominios múltiples y varios en su patria; con deberes muy excepcionales así respecto al Rey, que había recibido de la tradición, como respecto al pueblo, de que formaba parte, no podía tener una situación clara, como aquellos que no luchaban de suyo con estas contrarias é incompatibles obligaciones dimanadas de propias y heredadas grandezas. El príncipe de Orange, por cuyo entendimiento se habían abierto paso las nuevas ideas revolucionarias, no podía quedarse adscripto á la religión ortodoxa, cual otras tantas inteligencias de mayor inercia; ni podía separarse con resoluciones prontas como tantos otros meuos ligados por ese nombre y por su estirpe á la tradición y á la Historia. Hijo de Holanda, y en Holanda verdadero señor, debía guardar hondos entusiasmos por su patria; noble, y como noble ligado al principio monárquico, debía mirarse mucho antes de romper con su omnipotente autoridad. Por consecuencia la situación de tan alto personaje resultaba incierta por sus contradictorios deberes, y dramática por su misma contradicción. Los excesos de la secta iconoclasta, las divisiones entre luteranos y calvinistas, la rebelión declarada en algunos puntos, los combates sangrientos aconsejábanle cierta reserva respecto á la Revolución y á los revolucionarios; mientras la tolerancia del Rey, la malquerencia de su regente;

los odios desapoderados de Granvela, el furor de los inquisidores aconsejábanle una invencible desconfianza respecto á la Monarquía y á la Corte. De aquí el disimulo y el silencio, cualidades que adquirió en lo difícil de su extraña situación y en la necesidad imprescindible de combatir á Felipe II con sus propias armas y contrastar su política de arterias y engaños con otra política semejante y análoga. En los embarazos propios de su dificultosa posición, Orange pudo prestar inolvidables servicios á la causa del orden y de la libertad. Sólo él, sólo su ascendiente moral, sólo su autoridad propia calmaron los desórdenes subsiguientes en Amberes á la sublevación iconoclasta. Cuando la ciudad más rica entonces del mundo ardía en las voraces llamas de una revolución espantosa; cuando, perdida la popular autoridad de sus magistrados, cada uno de sus hijos se creía libre y suelto de todo lazo político y social; cuando, por un lado se levantaban los luteranos en armas, y de una parte considerable de aquella población se asían y enseñoreaban; cuando, por otra parte, quince ó diez y seis mil calvinistas formaban dentro de aquellos muros un ejército poderoso así contra los luteranos cual contra los católicos; cuando éstos mismos libraban á la fuerza el amparo de su predominio político, y merced á tales violencias, estaba la ciudad muy próxima á sucumbir sin remedio y desaparecer así de la tierra como cualquiera de las antiguas ciudades malditas, sólo aquel poder moral, que Orange tenía, pudo conjurar tantos desastres, y resolver por la concordia y por la paz casos y elementos de guerra. Mas sucediale, por lo mismo que llevaba en sí la fórmula de las soluciones reales, y que conocía los obstáculos tangibles de la política, sucediale, por las ventajas mismas de su posición excepcional y por la claridad perspicua de su criterio propio, el que unos y otros, los dos partidos contendientes, desconfiaban de su persona y le hacían una tremenda é implacable guerra. Mil veces, cuando arriesgaba su vida por serenar los ánimos, oía que los insurrectos le llamaban papista, mientras los papistas le llamaban insurrecto. Mil veces, los comprometidos en Breda, los alzados en armas, los puestos en batalla con el nombre de mendigos le maldecían; mientras el Monarca y la regente le consideraban como un conspirador peligroso.

Y cuando la embriaguez revolucionaria se apodera de los ánimos, óyense con dificultad los consejos y los avisos de la prudencia. La fe aviva la esperanza, y la esperanza lo cree todo posible á su poder milagroso. Aquellos que dan consejos conducentes á la paz pública y á la calma espiritual, aparecen como traidores, por cuanto señalan el camino, si más largo, más seguro de llegar á la victoria. El escándalo de las perturbaciones iconoclastas había traído una indispensable reacción. La regente había triunfado en todos sus empeños guerreros. Una parte de los señores flamencos, y aun algunos de los comprometidos en el pacto de Breda, cooperaron á la reacción. Los condes mismos de Horn y Egmont, vacilantes por algunos días, encerráronse dentro de sus respectivos dominios y resolvieron obedecer y servir al Monarca sin mezclarse para nada en los asuntos del pueblo. Así pudo la re-

CAPILLA ALFONSEINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

gente revocar muchas de sus concesiones y vencer en el combate material á muchos de sus enemigos. Valenciennes, antigua ciudad de refugio, fundada por un Emperador que se propusiera con resolución hacer de ella un asilo como los de la omnipotente clásica Roma, creyó digno de sus tradiciones y de su antigua Historia al acoger á los calvinistas y asegurarles en su seno y en su regazo la santa libertad de conciencia. Tal fidelidad á sus antecedentes le valió grandes amenazas de parte del gobierno; y como estas amenazas no se cumplieran, y el sitio no se formalizara pronto, los de Valenciennes solían salir á las murallas con catalejos en son de burla, para catar el instante de la venida del ejército realista. Tardó en ir, pero fué; y castigó tremendamente á la ciudad rebelde. Lo mismo hizo en Tournay y Amberes y Maestrich y Utrech y Amsterdam y Groninga. La reacción producida por los excesos iconoclastas triunfaba en todas partes. Entonces coincidió un mismo pensamiento en las dos inteligencias que personificaban el combate y la oposición radical entre las dos idean en pugna. Surgió en el ánimo de Felipe II la necesidad de vigorizar la reacción aunque se corriesen los riesgos de la guerra, y surgió en el ánimo de Orange la necesidad de apelar á la resistencia terrible, aunque se corriesen los riesgos de la revolución. Felipe II, para vigorizar la reacción, pensó en su general más férreo y más adusto, pensó en el duque de Alba. Y Orange para emprender la resistencia, pensó en sí mismo, y en el auxilio de un compañero tan glorioso y de un tan ilustre noble como él conde mismo de Egmont. En vano la duquesa de Parma, resentida con su Rey, por la desconfianza revelada con la designación del nuevo general, expuso á Felipe los inconvenientes todos de aquella feroz provocación; Felipe quería, no sólo el castigo, también la venganza; y castigo y venganza se personificaban para él en la terrible y adustísima persona del duque de Alba. En vano, á su vez, Egmont, resuelto á no salir de sus creencias católicas ni de su fidelidad monárquica, expuso á Orange los riesgos que corría la patria en una revolución; Orange pintó á Egmont, con vivos colores, los riesgos que corría su cabeza en la nueva política inaugurada por Felipe II, riesgos de que no podían preservarle ni aun los laureles gloriosos de San Quintín y Gravelines adquiridos en defensa de la Monarquía y del Monarca. Egmont, gran militar, pero de previsiones muy escasas y muy pobre de ideas, no quitó creer á su sabio interlocutor; y se recluyó en la fidelidad más obediente al Pontífice y al Monarca. Orange le observó como por sus influjos secretos lograra conocer la correspondencia entre Felipe II y su hermana, correspondencia llena sospechas injuriosas y de amenazas terribles contra los nobles flamencos. Para el sentir y el pensar de Orange, todos ellos estaban señalados como rebeldes en los pensamientos secretos de Felipe II; y todos los rebeldes condenados á muerte sin apelación y sin remedio, así que pudiera Felipe II á su arbitrio disponer del gobierno despótico con que soñaba en las provincias unidas. Egmont, que no experimentaba ningún asomo de remordimiento en su conciencia, y que no veía ninguna mancha de infidelidad en su vida; ufano con el recuerdo inmarcesible de los servicios re-

dados en cien combates; tranquilo por las muestras de aprecio prodigadas por el Rey á su persona en el último viaje, no estaba en su ánimo iniciar ni una resistencia ni una emigración como el astuto y previsor Orange.

Pero éste se partió para sus Estados de Alemania, como la duquesa también se partió para sus Estados de Parma. Con Orange partíase la última esperanza de concordia, y con Margarita el postrimer arrebol de benevolencia. La regente no quiso apartarse de aquel reino, á cuya prosperidad había consagrado nueve años de su vida sin decir á Felipe los remedios supremos demandados por sus enfermedades múltiples. Conjurábale, pues, á que no derramase nuevas tropas extranjeras por aquella nación puntillosa, y á que no mostrara el látigo de las venganzas, propias sólo para sumar nuevos rencores con los rencores antiguos, y á que reuniese los Estados generales como único medio de conocer las quejas justas para procurar los desagravios indispensables, y á que acudiese allí con presteza y en persona para deshacer injustos recelos y escuchar con sus propios oídos los agravios remediables; mas Felipe no escuchó á su hermana. En Abril de 1567, el día 15, Alba se despedía en Aranjuez del Rey Felipe II, cargado con cédulas de altos y excepcionales poderes para perseguir y exterminar á los mismos caballeros del Toisón de Oro, si era preciso. En Mayo de 1567, día 10, las galeras de Andrés Doria embarcaban para Flandes los tercios españoles. En Agosto de 1567, día 22, llegó el duque á Bruselas, y encuarteló en aquella liberal ciudad parte de sus tropas. En Septiembre de 1567 instituyó el nuevo gobernador su Tribunal de la Sangre, día 5, y el 2 había preso á Egmont y á Harn, inagurando así, con estas bárbaras medidas, su política de crueldad y de venganza. Estaba entonces en Roma el cardenal Granvela; y como le noticiasen cuanto sucedía en Flandes, preguntó si estaba preso también *el Taciturno*. Respondiéndole que no, exclamó: «Pues no habiendo caído aquél en la red, poca presa ha hecho en verdad el duque de Alba». En vano Margarita escribía con previsión al Monarca estas sentidísimas palabras: «Y tened en memoria que cuanto más grandes son los Reyes y se acercan más á Dios, tanto más deben ser imitadores de esta grande divina bondad, poder y clemencia, y que todos los Reyes y príncipes, cualesquiera que hayan sido, se han siempre contentado con el castigo de los que han sido cabezas y conductores de los sediciosos, y cuanto al resto de la muchedumbre los han perdonado. Otramente, señor, usando de rigor es imposible que el bueno no padezca con el malo, y que no se siga una calamidad y destrucción de todo este Estado, cuya consecuencia V. M. la puede bien entender». Pero el Rey no escuchaba de modo alguno á su hermana, y dirigiéndose al duque de Alba, decíale: «Quedo contento y satisfecho de la buena manera con que os gobernáis en las cosas de mi servicio». «La nominación que habéis hecho de personas para el tribunal que habéis instituido, me ha contentado mucho». «He holgado de ver lo que escribís de la plática que pasásteis con la duquesa de Lorena». «En lo demás que me escribís, no tengo que deciros, sino remitiros que

